

llevaba discretamente en sus alas invisibles un beso del deleite agradecido hacia los labios del *otro*.

Había un profundo silencio en la sala. Algunos jóvenes, de la Academia de ingenieros unos, y otros paisanos, miraban con envidia al magnetizador. Pensando, á su modo, algo análogo á lo que cavilaba Serano, vieron, en lo que acababan de presenciar, algo que les humillaba á ellos y debía de ser sabroso para el señor doctor italiano. El alcalde, que esperaba su vez, se relamía saboreando ya su próximo contacto magnético con la hermosa rubia dormida.

### VIII

Comenzaron los prodigios. El doctor paseó por delante del concurso femenino, y, mientras sondeaba rápidamente la capacidad mental de aquellos buenas señoras, leyéndoles en ojos y gestos los grados de necesidad probable, fingióse absorto en las advertencias que de camino exponía; y por fin se detuvo ante una dama muy gruesa, que

escogió muy deliberadamente, aunque cualquiera hubiera creído pura casualidad el haberse detenido ante ella el italiano, Era una rica americana que, en compañía de su marido y varias hijas casaderas, vivía hacía algunos años en Guadalajara por acompañar á su hijo único, que estudiaba en la Academia. Su voz era meliflua, y luchaba, para producirse, con la inercia de la grasa. Era un alma de Dios y de guayaba; un terrón de bondad azucarada que se disolvía en sudores, pero oliendo á perfumes.

—Esta señora, dijo el doctor en voz baja, me hará el obsequio de pensar... en cualquier objeto... en un animal, en una fiera... un león, tigre, lobo, pantera... lo que más le agrade.

La señora americana, muy sofocada, encendida y hecha un acueducto que se rezuma, consultó, entre sonrisas, la mirada de su esposo, el cual le dió licencia á su mujer para pensar algo, con un gesto imperceptible para los extraños. Se movió la cándida paloma de Matanzas en su sillón, que se quejó de la carga; y al fin se puso á pensar, con grandísimo esfuerzo de atención y de



imaginación, no sin asesorarse antes del doctor.

—¿Dise uté... que en un animal?

—Sí, señora: en una fiera, en un león, un tigre... cualquier cosa...

—¡Sí, sí; etá bien, etá bien!

—¿Está ya?

—Pué sí, señó; ya etá.

Foligno preguntó, de lejos, á la sonámbula, en qué pensaba aquella señora.

—En un animal, respondió una voz perezosa, suave y dolorida.

Aquel «en un animal» le sonó á Serrano á canto elegíaco de una esclava que llora su servidumbre vergonzosa.

Lo que *aún* no le habían dicho aquellos ojos que habían vuelto á cerrarse sin reparar en él, se lo decía aquella voz, que recogió como si fuera para él solo, como si fuera una caricia honda, voluptuosa, franca: algo semejante á la sensación de apoyar ella su cuerpo, y *hasta el alma*, en él, sobre su pecho.

—¿En qué animal, en qué clase de animal piensa esta señora?

—En una fiera.

La señora, que efectivamente pensaba en

una fiera—á tanto se había atrevido—abría los ojos mucho y apretaba la boca, temerosa de que por allí se le escapara el secreto de su meditación. Cada vez se ponía más encendida: temía vagamente que aquello de ir adivinándole el pensamiento, lo cual ya le parecía inevitable, fuese algo que atentara á su pudor, algo como el que «se la viera alguna cosa» que no se debiera ver. Instintivamente sujetando contra sí la falda del vestido, escondió los pies y se compuso el escote.

—Pero ¿no se podrá determinar más? ¿Qué fiera es esa?...

La sonámbula manifestaba con gestos y débiles quejidos la dificultad de la empresa.

Foligno, apretando el cerco á la adivinación, insistió en su pregunta.

Por fin Caterina dijo:

—Un león.

Así era, en efecto. La americana, como si la hubieran arrancado una muela sin dolor, respiró satisfecha, libre ya de su secreto, y tuvo una grandísima satisfacción en certificar, con su insustituible testimonio, que la señora dormida había dado en el clavo: en un león, aunque no podía decir cuál, estaba



ella pensando efectivamente. Toda la familia ultramarina hizo suyo el alegrón y el honor de que le hubiesen adivinado el pensamiento á la buena señora; y el público, en su inmensa mayoría, participó del asombro y de la satisfacción, inclinándose á un optimismo que Foligno cogió al vuelo, prometiéndose sacar partido de él prudentemente.

La mujer dormida también debió oler algo en la atmósfera, que la envalentonó. Cada vez las adivinaciones fueron más complicadas, exactas y atrevidas. Lo de menos fué que dijese cuál era la carta de la baraja en que pensaba una señorita, que era efectivamente el as de oros; y en qué tenía puesto el pensamiento la señora del Gobernador militar, que lo tenía puesto en sus hijos, que habían quedado en casa durmiendo. También el sexo fuerte tuvo que rendir parias, como decía un coronel, á la evidencia de lo maravilloso: á él también se le adivinaron ideas y voliciones. El jefe de ingenieros de montes era de los más tercios: quería explicárselo todo por los artículos de física y química que él leía en la *Revista rosa*, y no podía. En cambio, un Marqués

muy buen mozo y muy fino, declaró solemnemente y varias veces (y su voto era de calidad, porque muchos de los presentes le debían favores, dinero inclusive)... declaró que la Porena se había detenido, en un paseo que dió dormida, bajo la araña de cristal, ni más ni menos en el sitio en que él había *querido* que se parase; declaró, otrosí, que las iniciales de su tarjetero eran las que ella había dicho, y tenían, en efecto, por adorno un pensamiento de plata y otro de oro esmaltado. ¿Se quería más? Foligno, triunfante, huía, en sus idas y venidas, de tropezar con el cuerpo ó con las miradas de Serrano. Pero Antoñito, el primo, á quien la sonámbula había adivinado también una porción de cosas, probando con ello verdaderas maravillas de penetración; Antoñito, que había tomado cierta confianza con Foligno, á manera de testigo falso, le dijo:

—A ver si usted hace alguna experiencia con este caballero, que es mi primo y debe de ser incrédulo... y sabe mucho de filosofías.

Foligno se turbó un poco, tardó en contestar; pero, repuesto en cuanto pudo, se volvió á Serrano con mirada valiente, de



desafío, si bien acompañada de gestos de perfecta cortesía.

—¡Oh, sí! Con mucho gusto. Pero este caballero sabrá que en los refractarios estas pruebas se hacen con dificultad. Sin embargo, ensayáremos.

Se ensayó un paseo, como el del Marqués complaciente.

Catalina, con paso lento, pronta á detenerse á cada segundo, pasó cerca de Serrano, muy cerca, rozando su cuerpo con el pobre vestido blanco, con las tristes cintas ajadas, iguales que las del traje de Tomasuccio, de quien el filósofo se acordó con cariño y tristeza.

—Piense usted en un sitio determinado en que ella ha de pararse, dijo el doctor colocándose junto al supuesto incrédulo.

A Serrano le costó trabajo fijar el pensamiento en tales nimiedades: sólo por un escrúpulo de sinceridad consiguió, con gran esfuerzo, tomar en serio aquello por un minuto, y pensar en un rosetón de la alfombra, algo distante, donde *quería* que la sonámbula se detuviera.

El doctor miraba á Serrano, Serrano al doctor, ambos inmóviles. Nicolás no hizo

gesto alguno. Catalina no se detuvo donde era necesario, sino dos pasos más adelante.

—¿Era allí? preguntó el doctor con voz algo insegura.

Sin darse cuenta de lo que hacía, olvidado de Tomasuccio, de aquella mujer que le parecía cosa de sus ensueños y que todavía no le había mirado, sintiéndose ridículamente cruel y Quijote de la verdad, tal vez impulsado por su odio á la farsa y al doctor y por el tono de desafío que creyó leer en la pregunta, Serrano dijo en voz muy baja, con tono irónico y de resolución:

—¿Qué quiere usted que diga?

El doctor fingió no oírle, y repitió la pregunta. Serrano, insistiendo en su crueldad, volvió á decir, ahora en italiano:

—¿Qué quiere usted que diga: que sí... ó que?...

El doctor, como picado por un bicho, dió un paso atrás huyendo de aquellas confidencias, de todo secreto, rechazando toda connivencia y todo favor.

—¡Oh, caballero! Diga usted la verdad; nada más que la verdad.

—Pues la verdad es que esta señora no



se ha detenido donde yo quería, sino mucho más lejos.

Estupefacción y disgusto generales.

El Marqués complaciente sonreía cerca del filósofo, atusándose el bigote. Daba á entender que él era mucho más galante que aquel desconocido.

En aquel momento, Caterina Porena, con los ojos pardos abiertos, volvió á pasar junto á Serrano, pero sin mirarle *todavía*.

## IX

Hubo un *entreacto*. A las señoras se les sirvió un *refresco*, y los hombres salieron á los pasillos y gabinetes contiguos á fumar y discutir. Serrano, objeto de general curiosidad, sintiéndose en ridículo á sus propios ojos, por no estarlo también ante los demás, hizo prodigios de gracia y de ingenio. Sin pedantería, como dando poca importancia á la polémica, demostró á muchos de aquellos señores, capaces de entenderle, sus conocimientos psicológicos y fisiológicos, muy superiores, sin duda, á los de Foligno. Este, en vez de rehuir un encuentro

con el descreído, lo procuró, y, amable, risueño, también buscando gracia y descuido en sus maneras y palabras, defendió su causa como un cómico una comedia que está representando y que es discutida entre bastidores; comedia que él *hace* en las tablas, pero que al cabo no es obra suya. Los chistes, los incidentes de las conversaciones, los vaivenes de la multitud, estorbaron bien pronto á los contendientes; se perdió ó se dejó perder el hilo de la argumentación; el público admiró los conocimientos de Serrano y los de Foligno; y éstos, al despedirse, porque se reanudaba el *espectáculo*, se apretaron la mano sonriendo y se declararon, con sendos ofrecimientos, buenos amigos.

Cuando los caballeros volvieron al salón, el alcalde, en mangas de camisa, sudaba como un mozo de cordel, cerca de la sonámbula; sudaba porque no era para menos el ejercicio de brazos y cintura á que se entregaba para fabricar el fluido que él creía indispensable para aquella grande experiencia. Como se pudiera quejar de una máquina oxidada, se lamentaba de las dificultades que la *falta de uso* oponía á su buen



propósito de convertirse cuanto antes en un emporio de magnetismo.

La Porena, sentada en su silla, permanecía inmóvil, seria, triste, lo mismo que cuando su marido comenzaba á dormirla. Mijares daba vueltas alrededor de su *victima* como si quisiera enterrarla bajo un Osa y un Pelión de fluido magnético de primera clase.

Como allá, hacia una de las puertas del salón, donde se aglomeraba la multitud del sexo fuerte, sonaran algunas risas sofocadas, el médico alcalde se volvió indignado, y, suspendiendo los pasés que le hacían sudar, mientras arremangaba más y mejor los puños de la camisa, pronunció una enérgica *filípica*, especie de bando oral, en que, invocando su triple autoridad de alcalde-presidente, amo de su casa y doctor en medicina, conminaba á los incrédulos irrespetuosos con la pena de poner de patitas en la calle al que se burlase del fluido más poderoso que había en toda la provincia, del fluido del alcalde-presidente del Ayuntamiento.

—Señores, concluía, si me cuesta más tiempo y más trabajo que al doctor extran-

jero dormir á esta señora, es porque hace mucho tiempo que ya no me ejercito; pero ella dormirá: ¡vaya si dormirá! ¡ya lo creo que dormirá!

Esto último lo decía con un tono tan enérgico, que no dejaba duda posible respecto á sus condiciones de mando y valor cívico.

El público, que si no creía en el fluido del alcalde, le tenía por muy capaz de hacer una alcaldada en su propia casa, guardó silencio más ó menos religioso, pero absoluto. Los pollos esperaban que todo aquello acabaría en un poco de baile, y no quisieron aguar la fiesta. Nadie volvió á reír.

Foligno, muy grave, miraba con grande atención al magnetizador, que parecía trabajar en una cabria invisible. Serrano estaba indignado. Aquel joven fino, simpático, listo, instruido; y, lo que era peor, aquella mujer interesante, hermosa, que á él le estaba *llegando* al alma, aun sin haberle mirado, se prestaban á aquella farsa ridícula por miedo, por adulación. ¡Luego ellos eran también unos farsantes!... ¡Se jugaba allí con cosa tan seria como los misterios del hipnotismo!

Por fin Caterina cerró los ojos: estaba



dormida. El alcalde, triunfante, se irguió; paseó la mirada en torno con aire de vanidad satisfecha, se limpió el sudor de la frente, y con ademán solemne entregó á la sonámbula al *brazo secular* de su marido:

—Ahora usted haga los experimentos que quiera. Ella está bien dormida.

No hubo risas. Algunos ya empezaban á creer en la fuerza magnética de la autoridad.

Antoñito se había acercado á su primo y hablaba con él fingiéndose creyente fervoroso del alcalde magnético, como él decía.

Foligno se aproximó á ellos y les invitó á poner cada cual un dedo, el índice, sobre la cabeza de Catalina, la cual, por el contacto de las yemas, conocería siempre á la misma persona.

Con no poca vergüenza y grandísima emoción, y emoción voluptuosa y alambicada, Serrano se acercó, por detrás de la silla que ocupaba Caterina, á su cabeza, y suavemente apoyó en ella la yema del dedo. Lo mismo hizo Antonio. La Porena, á los pocos segundos, levantó el brazo derecho con graciosa languidez, y, sin vacilar, cogió con su mano tibia y dulcemente suave la mano del filósofo.

Ya sabía él, por sus lecturas y observaciones, que en el contacto hay misterios de afinidad y simpatía, revelaciones de la unidad cósmica, etc., etc.; pero nunca hubiera creído que una mano de mujer *desconocida*, agarrándose á la suya con fuerza, sin verse las caras ella y él, Catalina y Serrano, pudiera decir tantas cosas. Aquella mano *ciega* había ido á la suya como á un imán, sin vacilar, como á un asidero, llena de dulces reproches, llamándole ingrato, torpe, incrédulo, inundándole el cuerpo entero de un calor simpático, familiar, casi aromático, cargado de sentido voluptuoso sin dejar de ser espiritual, puro. ¡Qué sabía él! Aquel contacto era una revelación evangélica del amor en el misterio. Y además... ¡el amor propio! ¡qué orgullo, qué dulcísimo orgullo! Lo que en otras circunstancias le hubiera parecido una pueril vanidad, ahora se le antojaba legítima satisfacción.—*Afinidades electivas*, pensaba.

Foligno cambió la experiencia: separó suavemente con la mano al primo de Serrano, y en silencio invitó á otro joven á ocupar su puesto. Las manos se apoyaron en la cabeza de Catalina, cruzándose. Catali-



na volvió á coger, volvió á estrechar la mano del filósofo. Se repitió la experiencia otras cuatro veces, siempre apoyándose en la cabeza de la sonámbula el dedo de Serrano, y siempre siendo de persona distinta el otro dedo. Catalina no se equivocó nunca: las seis veces apretó la mano del filósofo.

El público estaba impresionado, por completo vencido. Se opinaba que aquel joven madrileño, aquel Santo Tomás del hipnotismo, debía de estar persuadido ya, lleno de fe. En cuanto al alcalde, reventaba de satisfacción. ¡Era su fluido el que hacía aquellos milagros!

Foligno, sólo él, notó un movimiento en el rostro de su esposa, y de repente, como inspirado, se volvió hácia Nicolás, y, con sonrisa entre amable y cortésmente burlesca, dijo en alta voz:

—Este caballero que no quería creer, resulta un excelente *medio* de experimentación. Caterina se siente capaz ahora de penetrar en el espíritu del incrédulo y leer allí de corrido. ¿No es verdad, Catalina? ¿Dirás lo que piensa este caballero?

Con voz apagada y lentamente, la sonámbula fué diciendo:

—Sí... sé... lo... que pensó... Diré lo que pensó...

Serrano, que aún sentía en la piel, y más adentro, el calor, que parecía cariño, de la mano de la Porena; que se sentía como ligado á ella por hilos invisibles que nada tenían que ver con el magnetismo, padeció un escalofrío al oír hablar de aquella suerte á la mujer del farsante, que se dejaba dormir por el fluido del alcalde. La superchería le indignaba, pero le fascinaba la mujer.

—¿Qué irá á decir? pensó.

El público no respiraba, todo atención y pasmo. Era aquello para él una especie de desafío entre el milagro y la incredulidad. Sin duda iba á vencer el milagro. La Porena prosiguió:

—Ese caballero... incrédulo... no debiera serlo. Una noche... se le apareció Santa Teresa y él no lo quiso creer. La vió, y se lo negó á sí mismo.

## X

Serrano dió un grito; un grito nervioso, de miedo. Se sintió muy mal, como antaño, antes de sus viajes; peor que nunca: todo lo



que presenciaba se le figuró que estaba en su cabeza: estaba delirando, tenía ante los ojos la alucinación... ¡Santa Teresa! Era verdad, la noche del tren... ¡y volvía! Aquello era el *ritornello* de la locura... ¡La alucinación! ¡Qué horror! Se había dejado caer en una silla, temiendo un desmayo, con las piernas flojas y frías. El alcalde, el primo Antoñito y muchos más caballeros, le rodearon. En la confusión del susto se olvidó por un momento la causa de éste por atender al forastero, que estaba pasmado, pálido, tal vez próximo á un síncope; pero los que estaban más lejos, los demás que no habían podido llegar cerca de Serrano, se decían, todos en pie:

—Pero ¿es verdad? Pero ¿es verdad? ¿Ha acertado la Porena?

Nadie había advertido un movimiento de Catalina como para levantarse de la silla, ni el gesto imperioso y rapidísimo con que Foligno la contuvo, apoyando fuertemente una mano sobre la espalda de su mujer.

El alcalde médico tomaba el pulso á Serrano. Antoñito pedía tila, azahar. Otros proponían llevar á una cama al *enfermo*...

—¡Que respire, que respire! gritaban los de más lejos. ¡Darle aire!

Serrano, que seguía sintiéndose muy mal, aunque menos asustado, entre mareos y náuseas y temblores, procuraba separar de su lado, con las manos extendidas, la multitud que le rodeaba... quería ver... ver si... aquella mujer estaba allí... si alguien había dicho, en efecto... aquello...

Incorporándose y dejando libre algún espacio delante de sí, volvió á ver á la Porena que en aquel momento abría los ojos, los ojos que dulcemente, llenos de curiosidad y honda simpatía, se clavaban en los del filósofo.

—Pero entonces... pensó y dijo entre dientes Serrano, entonces... no es alucinación... esa mujer está ahí... realmente... ¡Oh, sí! Allí estaba: aquellos ojos eran los de *Masuccio*, que quedaba en la fonda dormido; pero llenos de idealidad, de poesía, del fuego de pasión pura que no cabe que haya en los ojos de un niño. Aquellos ojos le volvían al mundo, le sacaban del abismo horroroso del pánico de la locura: aprensión tal vez no menos terrible que la demencia misma. Aquellos ojos eran el mundo del



afecto, de la realidad tranquila, ordenada, buena, suave. Quedaba sin explicación, eso sí, el cómo aquella mujer sabía que él hubiera creído ver á Santa Teresa en una alucinación. Todo se explicaría, y si no, poco importaba. Él estaba en su juicio y aquellos ojos le acariciaban: esto era lo principal. Lo malo era, mal accidental; que la digestión estaba cortada y ya no tenía compostura. Sí, no cabía dudarlo: el susto, el miedo, la locura, le habían interrumpido la pacífica... digestión. ¡Claro! ¡Acababa de comer! Quiso sacar fuerzas de flaqueza, serenarse, estar tranquilo, tranquilizar al concurso, y, una vez que ya se había dado en espectáculo, no quiso retroceder: quiso llegar hasta el fin de la manera más airosa posible. Además, le punzaba el deseo de acercarse á Catalina, de hablar con ella, de averiguar cómo ella sabía su secreto, que á nadie había comunicado; el secreto de sus aprensiones de alucinado.

—Lo que esta señora ha descubierto es verdad, dijo dirigiéndose al alcalde y á Foligno. Entendámonos: es verdad... que en cierta ocasión tuve ante mí una mujer que desapareció no sé cómo, y que se me ocu-

rrió como una obsesión la disparatada idea de que fuese una alucinación que me representaba á Santa Teresa. Pero yo esto, lo confieso, no lo he dicho á nadie en el mundo. Esta señora, ciertamente, ha tenido que adivinarlo.

Nicolás no pudo continuar: tuvo otro mareo, más escalofríos, perdió la vista, y sintió hormigueos de la piel en el brazo izquierdo, que quedó insensible.

—Señores, me siento mal: una jaqueca,

—¿Acaba usted de comer? preguntó el alcalde.

—Sí, señor, dijo Antonio. Con la sorpresa, con la emoción...

—Sí, sí: un pasmo.

—Efectivamente, es pasmoso lo que acaba de suceder.

—Vean ustedes, y todo con mi fluido.

Foligno, triunfante, disimulaba su alegría, lamentándose de la mala suerte, del accidente, de la digestión interrumpida, etc.

Serrano tuvo que retirarse. En el coche del alcalde se lo llevaron á la fonda Antonio y sus amigos. La reunión no se deshizo en seguida, porque faltaban los comentarios. Se olvidó pronto la indisposición del madri-



leño para no pensar más que en el milagro de la Porena. ¡Le había adivinado su secreto pensamiento de hacía tanto tiempo! ¡Y qué secreto! Las mujeres se inclinaban á á creer en la autenticidad de la aparición de Santa Teresa al incrédulo, al nuevo Saulo del magnetismo.

Catalina y su esposo se despidieron pronto, sin más experimentos. Foligno, después de tamaño triunfo, no quiso demostraciones menos importantes de su ciencia oculta.

Además, la Porena estaba fatigada, fatigada de verdad. En cuanto volvió el coche del alcalde, hizo un segundo viaje á la fonda con el matrimonio. Se disolvió la tertulia. Todos se marchaban admirados. Sólo al ingeniero jefe de montes se le ocurrió decir, en el portal, á unos cuantos jóvenes:

—Señores, á mí no me la pegan: ese madreleño y esos comediantes... estaban de acuerdo.

—¡Pero, hombre, le dijeron, si él es primo de Antoñito, y hombre muy serio, y se puso enfermo de verdad!...

— Pamplinas, pamplinas: han querido burlarse de los pobres caracenses.

.....

En uno de los libros de Nicolás Serrano, en uno de aquellos en que él apuntaba la historia de sus reflexiones, á saltos, sin repasarlos jamás, se leía este fragmento:

«... Tomasuccio me puso en relación doméstica con sus padres. Me llevó de la mano hasta el cuarto de la fonda que ocupaban ellos, y me hizo entrar. El doctor me recibió con una amabilidad que me pareció falsa por lo excesiva. Catalina me sonrió, y su palidez, que siempre era mucha, se tiñó, al verme, de un color de rosa que duró poco en sus mejillas. El pretexto para llegar yo allí fué, aparte de la ocasión, el empeño de Tomasillo, el volver á Catalina el álbum que por la mañana me había enviado al saber que yo estaba en la misma fonda. En una tarjeta me pedía algunos pensamientos para llenar una página de aquella colección de elogios hiperbólicos, de versos y dibujos. Yo tuve el capricho de escribir varias máximas de autores alemanes, que recordaba de memoria, en alemán, y que sin traducir pasaron al álbum. Más ó menos directamente, todas ellas iban contra las supercherías de las adivinaciones, de los portentos del género que cultivaba aquella pareja italiana.



»Al entregar su álbum á la Porena, ésta buscó con ansiedad, que disimulaba mal, la página mía.

—¡Ah! dijo al verla. Yo no entiendo esto. Debe de ser... alemán.

»Foligno tampoco podía traducirlo.

—»Pues yo no lo traduzco, exclamé yo, que no me atrevía á decir cara á cara á aquellas gentes que no creía en sus milagros, á pesar de la inexplicable revelación de la noche anterior.

—»No faltará quien lo traduzca, dijo la italiana. Y cerró el álbum de prisa, colocándolo después en su regazo y oprimiéndolo contra su cuerpo, como quien abraza estrechamente.

»Hablamos de muchas cosas: unas relativas al sonambulismo y otras no; pero yo no quise aludir á los sucesos de la víspera, y ellos tampoco hablaron de tal escena.

»Sin saber por qué, prolongué mi estancia en Guadalajara por ocho días: no volví á Madrid hasta el día siguiente de salir los Folignos para Zaragoza. En aquella semana dieron varias funciones en el teatro. Asistí á ellas desde bastidores, porque se había divulgado el portento de que era yo

principal actor, y no quise nuevas exhibiciones. A las cuarenta y ocho horas de conocerle ya quería yo á Tomasuccio como á un hermanillo, que venía á ser para mí como un hijo. El se metía por mí y me obligaba á estrechar relaciones con sus padres. Siempre que en mi presencia daba Catalina un beso á su hijo, yo le daba otro. Aquella mujer era en el retiro de su *hogar...* de la fonda, diferente de la que se veía en el teatro representando su comedia de pitonisa moderna. Parecía más hermosa, pero aún más amable; había en ella menos misterio melancólico, pero mayor pureza de gestos; el atractivo de una poética virtud casera. Sí, sí: era una honrada madre de familia que ganaba el pan de los suyos con oficios de bruja. Mi presencia (á mí mismo puedo decirme) la turbaba, como la suya á mí. Foligno nos dejaba solos muchas veces. Hablábamos de mil cosas; nunca del placer, cada vez más íntimo, de estar juntos, de contarnos nuestra historia; nunca de la aventura de aquella adivinación. Pero la noche anterior á nuestra separación, probablemente eterna, pensábamos (ausente Foligno, que estaba arreglando cuentas en



la administración del teatro; dormido Tomasuccio, al pie de cuyo lecho estábamos los dos), comprendimos que teníamos algo que decirnos antes de separarnos. De dos asuntos quería yo hablar. Cuando mis labios iban á romper el silencio para abordar la materia más importante y más difícil, la que era más para callada, Catalina me miró á los ojos, *me adivinó* otra vez, y tuvo miedo. Se puso de pie, pasó la mano por la frente de su hijo dormido, y, volviendo á sentarse, sonrió con dulcísima malicia, y dijo, antes de que hablara yo:

—»Usted, amigo mío, me oculta algo...  
calla usted algo... que quisiera decir.

—»Sí, Catalina: yo...

—»Sí: usted quisiera saber cómo yo pude adivinar, gracias al fluido magnético del señor alcalde...

»Comprendí su prudencia, su lección, su miedo. Me levanté, besé en la frente á Tomasuccio, y, oculto en la sombra del pabellón de aquella cuna de la inocencia, me atreví á hablar de todo... de todo menos de lo más importante.

»Catalina supo de mi curiosidad contenida; supo más; le confesé que era para mí

causa de disgusto aquella sombra de superchería que quedaba en el misterio. Mi simpatía hacia aquella familia, con que me habían unido de corazón lazos del azar, padecía con aquella sombra de superchería, de... comedia, llegué á decir. Estuve casi duro, demasiado franco. Pero ella entendió bien mi idea. Mi amor á la verdad, á la sinceridad, era muy cierto; mi amistad, también muy seria y muy cierta: la sospechada superchería se ponía en medio y me lastimaba. No dije nada de amor, no la separé á ella de su marido al hablar de mi afecto; iban los tres juntos: los cónyuges y el niño. Catalina me entendía y me agradecía aquella preterición de lo que me estaba adivinando en la voz temblorosa.

»No recuerdo sus propias palabras de cuando me contestó. Recuerdo que tardó en hablar. Otra vez acarició la frente del niño, se paseó por el gabinete, y al volver á mi lado estaba cambiada: sus ojos brillaban; su tez, encendida, parecía despedir pasión eléctrica, no sé qué; todas sus facciones se acentuaron, adquirieron más expresión, más fuerza... estaba menos hermosa y mucho más interesante. Vino á decir, con voz



algo ronca, que yo tenía derecho á que ella no guardase el secreto de su arte por lo que se refería á nuestra aventura. Me engañaba, según ella, si creía que era farsa aquella enfermedad que padecía y que le servía para dar de comer á su hijo. No me podía explicar muchas cosas que no eran su secreto exclusivo, sino el de su familia: esto sería una infidelidad. Pero... en lo que tocaba á nuestras relaciones, á mi aventura..., todo había sido puramente natural... aunque Dios sabía si en el fondo sería aquello no menos misterioso que lo pasado en el mayor misterio. Yo venía, prosiguió diciendo con palabras equivalentes á éstas, de Segovia á Madrid. En el coche que me llevaba á la estación en que había de tomar el tren, creo que la de Arévalo, viajaba también un sacerdote que iba á esperar á unas monjas, hermanitas de los pobres, las cuales, para cuidar un enfermo de no recuerdo qué pueblo, debían llegar de la estación anterior á la en que iba yo á tomar el tren. En Arévalo el sacerdote me acompañó al andén. Juntos buscamos á las monjas. Venía una sola... y ¡cómo venía! Como un revisor, en pie sobre el estribo y agarrada

al picaporte de una portezuela. Un empleado de la estación la salió al paso antes que mi señor cura la reconociese; y reprendiéndola estaba por su modo de viajar, cuando intervenimos nosotros. La monja, casi llorando, explicaba su conducta. La hermana Santa Fe no había podido venir: se había puesto enferma horas antes de pasar el tren. El párroco de no sé dónde, de aquel pueblo, había visto la necesidad de enviar á la hermana Santa Agueda sola, y esto porque el caso no daba espera y él no podía acompañarla. Le había metido en un reservado de señoras. Ella había aceptado porque el viaje era corto, entre dos estaciones intermedias, y reconocía lo apurado del asunto. Pero en el reservado de señoras no iba más señora que un caballero, un joven, un joven dormido... que podía ser un libertino ó un ladrón. A ella, á la Santa Agueda, le había entrado el pánico del pudor... y sin encomendarse á Dios había abierto la portezuela con gran sigilo, y muy agarrada á la barandilla y al picaporte había salido del coche... y había llegado á Arévalo, como habíamos visto. Los comentarios del suceso duraban todavía entre el sacerdote,



mi compañero de viaje, la monja y el empleado, cuando la locomotora silbó y tuve que meterme á toda prisa en el tren. Vi un coche con una tabla colgando de la portezuela.—Este será el reservado verdadero, pensé; aquí no irán hombres. Y allí entré. Caí en el mismo error que los que embarcaron á la monja. No era reservado: era el coche en que no se consentía fumar, según vi cuando salí de él. En efecto, allí había un joven solo, un joven dormido. Yo no tuve miedo; yo no escapé. Al llegar á este punto Catalina vaciló, calló un punto, y con más brasas en el rostro, dijo por fin:

—Esto... es una especie de confesión. Yo no soy una santa: soy... mujer... curiosa... indiscreta. Además, mi obligación es, lo manda el arte, mi obligación... es enterarme de todo lo que la casualidad quiere hacerme aprender; siempre que la curiosidad me acerque á un objeto del cual deseo saber algo, que ofrece posibles consecuencias provechosas... mi obligación es oír la voz de la curiosidad. Así lo hice. El sueño de aquel joven era inquieto...; parecía soñar, murmuraba frases que yo no podía entender. A su lado, sobre el almohadón, había

un libro de memorias abierto. Esto parece tan imposible como el adivinar, pero es *más natural*. Cogí el libro con el mismo sigilo que la monja había empleado para escaparse. No había miedo: el viajero dormía profundamente. La rapidez de mis movimientos era para mí guardia segura: antes que él tuviera tiempo de despertar por completo y darse cuenta de mi presencia, estaba yo segura de poder dejar el libro en su sitio, sin que su dueño notara mi curiosidad. Con grandes precauciones me puse á hojear el libro. Yo no entendía aquello: las letras eran muy raras y desiguales: no eran del alfabeto que yo conozco. Ya iba á dejar donde le había cogido el cuerpo del delito, defraudada mi mala intención, cuando llegué, al pasar hojas, á la última. Allí vi letra inteligible. Me puse á leer con avidez, y leí mil abominaciones contra el milagro y la superstición, y á vueltas de todo esto la declaración de su miedo de usted, de su miedo á las alucinaciones. Allí se decía bien claramente, en pocas palabras, que había creído usted ver á Santa Teresa en un rincón del coche. Lo demás lo comprendí yo atando cabos. Lo singular, lo excepcional, lo *mila-*



*grosso*, lo inverosímil de la aventura, de la coincidencia, me impresionó sobremanera. ¡Cuántas veces he pensado en el viajero, en la monja y en la *visión!* El joven, usted, siguió dormido. Al llegar á la primera estación se movió un poco, suspiró, tal vez despertó, pero sin incorporarse, sin abrir los ojos. Se abrió la puerta del coche, entraron un viejo y una vieja, y yo salí para buscar el verdadero reservado de señoras.

—»Es verdad, interrumpí yo. Recuerdo que llegué á Madrid acompañado de una pareja de sesentones que nada tenían de aparecidos.

—»Pero el verdadero milagro, prosiguió Catalina, está en habernos vuelto á encontrar. Es decir, en volver yo á encontrarle á usted. Ahora quien dormía no era usted: era yo.

—»Pero usted no me vió...

—»No le vi á usted hasta que volvió al salón cuando el alcalde me estaba magnetizando. Yo le veía á usted... con los ojos *casi* cerrados. Le reconocí en seguida: formé mi plan inmediatamente. ¡Si viera usted qué emoción! Un incrédulo que quería quitarme el pan de mi Tomasuccio, que no quería que yo pudiera vestir á mi niño... ni siquie-

ra con tul viejo y cintas ajadas. Mi superchería fué mi arma. *Avisé* á Vincenzo, á mi marido; me entendió... y vino el segundo milagro... el segundo, porque el primero, el mejor, el *importante*, era el otro. Aquella *casualidad* de habernos vuelto á encontrar, venía á coronar la otra serie de casualidades.

—»Todo esto en un cuento parecería inverosímil.

—»Pero todo es verdad: luego fué *posible*.

»Además, cosa por cosa, nada es extraordinario... mucho menos lo que más lo parece, lo principal, el atreverme yo á leer su libro de memorias.

—»¿Y el escribir yo aquello, nada más que aquello, en letra ordinaria? (En efecto, después busqué en mis apuntes la narración y las reflexiones á que Catalina aludía, y en letra bastardilla estaban escritas; en letra *rapidísima*, pero clara).

—»Eso se explica por la emoción con que usted escribiría: no le dió tiempo á recordar su costumbre de usar letras exóticas: escribía usted como escribirá lo que le importa más; todo lo que no sea para sus Memorias.

—»De modo que, según usted, no hay milagro.



—»¡Oh, sí! ¡Evidente! El milagro está en el conjunto; en la reunión de todo eso... ¡en tantas coincidencias!

»Los dos callamos, nos miramos fijamente, leímos, *confrontando las almas*, el respectivo pensamiento. Pero nadie leyó en voz alta. Se oía la respiración algo fatigada de Tomasuccio.

»Los dos atendimos al niño; ella le tapó mejor; yo arreglé los pliegues del pabellón de la cuna. Y, como si hubiéramos cambiado de conversación, me atreví á decir:

—»Después de todo, ¿qué mayor coincidencia *inverosímil* que el encontrarse en el mundo dos almas, dos almas hechas la una para la otra?

—»¡Ah! Sí: es verdad. El amor es un misterio. El amor es un milagro.

»Llegó Foligno. Yo le estreché la mano sin miedo: sin miedo ni á él ni á mi conciencia. Después estreché la de Catalina, aquella mano *tan mía*, y la estreché tranquilo. Nos miramos ambos satisfechos como dos compañeros de naufragio que se saludan, sanos y salvos, en la orilla.

.....

»Al día siguiente fui á despedirlos á la estación.

»No más unos momentos, muy pocos, estuve á solas con la Porena, mientras facturaba el equipaje el doctor.

»No hablábamos. Me miró sonriendo. Yo fui quien se atrevió á decir:

—»En la explicación de ayer, pensando en ella esta noche, vi dos puntos... oscuros.

—»¡Dos! ¿Cuáles son?

—»¿Cómo viajaba usted sola de Segovia á Madrid?

—»¡Bah! ¡Tantas veces he viajado sola! Foligno tenía que presentarse en Madrid á responder... de una deuda. Era una batalla con un usurero empresario de un teatro. Amenazaba con pleitos, con la cárcel... ¡qué sé yo! Somos extranjeros, tenemos miedo á todo. Foligno aquellos días cayó enfermo en Segovia, y fui yo sola á calmar al enemigo, á darle garantías de nuestra buena fe, á pedir prórroga. ¡Es usted demasiado curioso! Ya sabe usted más de lo que yo debía decir. No pregunte usted más cosas... así.

—»La otra pregunta... el otro punto oscuro...



»No hubo tiempo á más. Foligno llegó. Entraron en un coche de segunda. Un apretón de manos, un beso muy largo á Tomassuccio... y partió el tren.

»¿Hasta cuándo?

»Al día siguiente yo me volvía á Madrid.

»*Nota.* La segunda pregunta, que no hubo tiempo á formular, era ésta:

—»¿Por qué me conocía usted siempre por el contacto de la yema de un dedo?»

## XI

Dos años después de haber escrito Nicolás Serrano en sus *Memorias* lo que va copiado, se paseaba por Recoletos una tarde de primavera. Una muchacha de quince abriles pregonaba violetas, ramitos de violetas. Algunos árboles del paseo olían á gloria. Las golondrinas, bulliciosas, jugaban al escondite de tejado á tejado, rayando con su vuelo el cielo azul, rozando con las puntas de las alas, á veces, la tierra. Las fieras del carro de la Cibeles, teñidas de la púrpura del crepúsculo esplendoroso, parecían contentas, soñando, como la diosa, al

son de la cascada de la fuente. Serrano gozaba de aquellas emanaciones de la *Maya* inmortal, si no contento, tranquilo por lo pronto, en una tregua de la *angustia metafísica*, que era su enfermedad incurable. Un perro cursi, pero muy satisfecho de la existencia, canelo, insignificante, pasó por allí, al parecer lleno de ocupaciones. Iba deprisa, pero no le faltaba tiempo para entretenerse en los accidentes del camino. Quiso tragarse una golondrina que le pasó junto al hocico. Es claro que no pudo. No se inquietó: siguió adelante. Dió con un papel que debía de haber envuelto algo sustancioso. No era nada: era un pedazo de *Correspondencia* que había contenido queso. Adelante. Un chiquillo le salió al paso. Dos brincos, un gruñido, un simulacro de mordisco, y después nada: el más absoluto desprecio. Adelante. Ahora una perrita de lanas, esclava, melindrosa, remilgada. Algunos chicleos, dos ó tres asaltos amorosos, protestas de la perra y de sus dueños, un matrimonio viejo, Bueno, corriente. ¿Que no quieren? ¿Que hay escrúpulos? En paz. Adelante: lo que á él le sobraban eran perras. Y se perdió á lo lejos, torciendo á la